

QUITO CASA ADENTRO

narrado por mujeres

María Cuvi Sánchez, editora

AUGUSTO BARRERA GUARDERAS
Alcalde Metropolitano de Quito

LUCÍA DURÁN SOLÍS
Secretaria de Cultura del Distrito Metropolitano de Quito

GUIDO DÍAZ NAVARRETE
Director Ejecutivo del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL

Coordinación editorial: Alfonso Ortiz Crespo

Cuidado de la edición: Paquita Troya Fernández

Foto de portada e interiores: Christoph Hirtz
Retratos de estudio originales: J. di Donato, Foto López, Foto Pazmiño, Foto Salazar, R. Garzón, Joaquín M. Loor, Benjamín Rivadeneira, C. L. Rivadeneira, Carlos S. Rivadeneira, B. Rivadeneira e hijo Studio, M. Wenverow.

Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL
Venezuela 914 y Chile / Telfs.: (593 -2) 2 584-961 / 2 584-962
Comercialización: Verónica Ortiz
Calle Morales E9-25 (La Ronda) y Guayaquil
Telf.: (593 2) 2 282-263

Director de diseño: Rómulo Moya Peralta, TRAMA DISEÑO
Dirección de arte: Meliza de Naranjo, TRAMA DISEÑO

NOCIÓN IMPRENTA
Quito – Ecuador
Telfs.: (593-2) 2 334 2205

Número de ejemplares: 1000

© 2009 María Cuvi Sánchez

© De esta edición FONSAL

Primera edición

Impreso en el Ecuador, 2009

Alentamos la reproducción total o parcial de las ideas que constan en este libro siempre y cuando se cite la fuente.

Registro derecho de autor: 031304

ISBN: 978-9978-366-19-6

305.4
C988q

Cuvi Sánchez, María, editora

Quito casa adentro narrado por mujeres / María Cuvi Sánchez. Quito:

FONSAL, 2009.

372 p., ilus., fotos

Bibliografía: p. 342-343

Prólogo de Álvaro Alemán

ISBN: 978-9978-366-19-6

1. MUJERES – CONDICIONES SOCIALES. 2. QUITO – VIDA Y COSTUMBRES.

3. CULTURA. 4. ESTRUCTURA SOCIAL. 5. PATRIARCADO.

I. Ana Egas de Moreno. II. Rosario Mena de Barrera. III. Mireya Salgado de Fernández. IV. Carmen Sánchez de Jarrín. V. Alicia Troya de Kennedy. VI. Bertha Wray de Terán.

ÍNDICE

Prólogo	xi
Agradecimientos	xviii
Introducción	1
Mireya Salgado de Fernández: Me hubiera encantado ser médico	16
Rosario Mena de Barrera: Yo soy lampreadita	70
Ana Egas de Moreno: La buena cocinera se acomoda a todas las circunstancias	126
Bertha Wray de Terán: Me gustaba cazar, tenía muy buena puntería	174
Alicia Troya de Kennedy: Buena cocinera no soy, para disponer soy buenísima	234
Carmen Sánchez de Jarrín: Yo pinto con hilos	288
Inventos del siglo XX que facilitaron el trabajo del ama de casa	341
Bibliografía	342
El Fondo de Salvamento y su programa editorial	345



Me hubiera encantado ser médico

Las dos veces que nos vimos me recibió en la puerta de su departamento con el cariño de quien vuelve a ver a alguien que conoció cuando era niña. No parecía que hubieran transcurrido más de cuatro décadas desde la última vez que nos habíamos visto. La confianza se instaló sin más entre las dos, desde la primera cita. Nos sentamos en la antigua banca de la sala, frente a su piano, ese en el que su madre le había enseñado a tocar desde niña. Todo el ambiente nos situaba en el pasado. El departamento, construido en la década de 1970, —cuando el Norte de la ciudad se comenzó a llenar de multifamiliares—, aloja muebles, grandes y tallados, hechos para ocupar los amplios espacios de las casas de antaño, esas con cielos rasos altos, en las que su familia vivió. Sobre la mesa alargada frente a la banca me llamó la atención una reciente y hermosa foto digital de Mireya sosteniendo en sus brazos a su último bisnieto, un bebe de tres meses.

Me impresionó su lucidez y la vida activa que llevaba con sus 94 años a cuestas. No fue fácil encontrar unas horas libres para conversar. Tenía una agenda semanal llena de actividades: se dedicaba a sus prácticas de fe católica, tenía un grupo de mujeres mayores que se reunía a trabajar artesanías, mantenía cotidianos contactos con su única hija y sus tres hijos, con sus cinco nietas y tres nietos. Concertamos por teléfono los días y horas de nuestros dos encuentros. Ella fue una mujer sencilla, inteligente, llena de amor y agradecimiento por lo que la vida le había dado.

Le conté por qué y para qué estaba allí y le pregunté si podía grabar nuestra conversación señalando el aparato que tenía sobre mi regazo. Sin un ápice de temor, lo miró de soslayo y asintió con la cabeza. Me escuchaba atenta e, inmediatamente, asoció el tema del estudio, que yo le describía,

con el libro de recetas de su familia. Prendí la grabadora y puse mis sentidos en alerta presintiendo que había charla para largo, como así fue. La narración se había detonado con gran fluidez.

—Mi hija Pilar tiene el recetario de la familia, porque mi abuela le dejó a mi madre ese libro con las recetas de su tiempo. Mi abuela se llamaba Virginia Mantilla de Peñaherrera. Ella es tía de los Mantilla, de los dueños de El Comercio. Le dejó un libro con recetas de cocina del tiempo de ella. Mi mamá, Dolores Peñaherrera Mantilla de Salgado, escribió recetas de cocina de su tiempo. Un día me dio el recetario y me dijo: “Aquí hay recetas de mi madre y de mi abuela, tengo recetas mías, pon las tuyas y cuando tengas una hija, dale para que ponga las de ella”. Eran, hija mía, recetas de 20, de 30 huevos. Después se agregaron recetas mías, y después de mi hija Pilar. El libro contiene recetas de cocina de cuatro generaciones.

—¿Qué más quieres que te cuente? —me pregunta. Y agrega, —pero antes dime cómo está tu tía y el Huguito.

Me está preguntando por la única tía que me queda. Le respondo que envejeciendo con tranquilidad y buena salud para sus años. Un tono familiar envuelve nuestra conversación. Y es que la mayor de mis tías estuvo casada con su cuñado, el hermano mayor de su esposo.

—¿En qué año nació y cuál es el recuerdo más grato y lejano de su infancia?

—Nací en Quito en 1913. El recuerdo más lejano de mi infancia es el de mi profesora Birte, que me daba matemáticas en el colegio del 24 de Mayo.¹⁰ Yo me eduqué en el 24 de Mayo cuando era de las alemanas. Ellas vinieron cuando Manuel María Sánchez era ministro de Educación y les trajo a que funden y dirijan ese colegio. El 24 de Mayo funcionó siempre frente al Churo de la Alameda, donde funciona ahora el colegio Espejo. Después recuerdo a la señorita Oleas, hermana de los Oleas. Ella nos educó tres años seguidos. ¡Qué mujer más buena, más inteligente, más especial para maestra! Todo lo que soy le debo a ella. Yo no he hecho secundaria, llegué hasta octavo grado, hasta donde podíamos; en ese tiempo no

¹⁰ El edificio de la Escuela 24 de Mayo fue inaugurado en mayo de 1922, como parte de los actos de conmemoración de los 100 años de la Batalla de Pichincha que ocurrió el 24 de mayo de 1822. La fotografía del edificio apareció en la primera página del diario El Comercio (Quito), del viernes 26 de mayo de 1922 y fue reproducida por el mismo diario, el 22 de agosto de 2008, Cuaderno 1, p.13.

había secundaria. Para el primer grado mi papá me puso profesora en mi casa, a la señora Gloria Calderón.

—Entré al 24 de Mayo a segundo grado porque mi papá no quiso que fuera a colegio de monjas. Mi papá era liberal, en ese tiempo había liberales y conservadores. Después cambió, yo le hice cambiar. Cuando yo era jovencita el único colegio laico de mujeres era el 24 de Mayo. Todo fue traído de Alemania, hacíamos los mismos ejercicios que los varones, trajeron los aparatos para saltar, para escalar por unas rejas, las alemanas eran una joya de mujeres, me acuerdo con mucho cariño de todas ellas. Unita se quedó aquí casada con un señor Reyes, yo me acuerdo de él, era un famoso cirujano del cerebro.

—Mi papá fue médico. Se llamaba Eustorgio Salgado Vivanco. Eloy Alfaro mandó a estudiar a Francia a cinco médicos ecuatorianos: el doctor Ayora, el doctor Villavicencio, el doctor Mario de la Torre, el doctor Dávila y a mi papá. Mi padre estuvo cuatro años en Francia. Era soltero pero ya estaba de novio de mamá. Así que mamá le esperó cuatro años. ¡Figúrate! Cuando volvió se casaron. El practicó toda su vida la medicina, primero en el hospital San Juan de Dios, donde ahora es el Museo de la Ciudad. Ahí hizo 8.000 operaciones.

—Yo quería estudiar medicina, me encantaba la medicina. A mí me hubiera encantado ser médico. Mi papá me llevaba al hospital, a emergencias, yo le ayudaba, me enseñaba a poner inyecciones, yo ponía inyecciones, me llevaba a ver sus operaciones y yo veía sin que me pase nada, veía con todo el afán de querer ser médico. En cambio le llevó a mi hermano una vez. A uno de los empleados le había dicho: "Verás, si le ves que se pone pálido le sacas enseguida". Entonces mi papá había empezado a operar y mi hermano había empezado a ponerse blanco, blanco, blanco y salió corriendo. Papá decía, yo no quiero exigirles que sean médicos, pero si les gusta, en buena hora.

—Nunca me olvido de otro episodio. Yo ya había hecho la Primera Comunión y me fui con mi madre a una misa en la Catedral. Yo era una niña, debo haber tenido unos ocho o nueve años y me fui a comulgar. Mi mamita me hacía unas ropitas sobre la rodilla, como a una niña y las medicitas que había en ese tiempo llegaban hasta debajo de la rodilla. Entonces me acerqué al comulgatorio, porque antes había comulgatorio, no como ahora que se hace fila. El cura me ve la rodilla —mi mamita estaba al lado— y dice: "está la rodilla al aire, tápese bien". Así le dijo a una niña, era

la forma de ser de esas gentes en ese tiempo. Mamá me cogió de la mano, me sacó volando de la iglesia y dijo: "ni más venimos acá".

—Soy la hija mayor. Entre mi hermano menor y yo hay doce años de diferencia, porque entre los dos hubo dos hermanos que murieron. Tuvimos un hermano de padre al que nunca le veíamos, porque antes era así. Hermano era sólo el de la madre de uno. Ahora veo que se llevan bien, pero en ese tiempo ¡qué pues hija mía! Yo ni sabía que tenía un hermano, me enteré recién cuando tenía 20 años.

—Mi madre me enseñaba a tocar el piano y me enseñaba a cocinar. ¡Tengo tan buenos recuerdos de ella! Yo tocaba mucho el piano porque desde pequeñita mi mamá me puso una profesora. En el 24 de Mayo tenía una regia profesora, la señorita Inés Román.

—Vivíamos en la Plaza del Teatro, en la calle Manabí y Montúfar, frente al cuartel. Esa era la casa de mis abuelos que fue después de mi mamá. Yo no nací en esa casa sino en el tercer piso de la casa de las Guerrero en la Guayaquil y Mejía. Mi mamá, a los 15 días de haber dado a luz, ya estaba sentada almorzando lo que mi papá le había preparado, en lugar de estar en la cama, porque antiguamente se quedaban 40 días en la cama después de dar a luz. Llega mi abuela y le ve comiendo ensaladas y le dice a mi papá: "Le va a matar a mi hija, ahí sentada ¡Cómo le va a dar esta comida!"

—Como papá vivió cuatro años solo en Europa tuvo que aprender a cocinar. Nos enseñaba cómo batir los huevos. Fíjate que batía las claras a mano tan bien que quedaban como si fueran batidas con máquina. También hacía ensaladas que aprendió allá, nos decía que la lechuga debe estar bien desinfectada. Mi papá ordenaba todo en la casa y mi mamá cumplía todo lo que decía mi papá. Por ejemplo, no me dejaban salir a la calle con una amiga. A veces en el colegio nos íbamos a pasear con amigas sin que él supiera. Mi padre no era de fiestas ni de paseos, él era parco, terco para esas cosas. No me acuerdo de que haya habido fiestas en mi casa.

El pan hecho en casa

—Cuando era niña la cocinera cocinaba. Mamá tuvo una empleada desde que yo tuve cuatro años. Yo le llamaba mama Antuca, porque pasaba

mucho tiempo con ella, casi estaba en manos de ella. Ella cocinaba. En ese tiempo tenían también la criada de mano que decían. Mama Antuca estuvo hasta que mi hermano vino casado de Europa con mi cuñada. Ahí los hijos le llevaron porque vieron que con tanta gente su mamá iba a trabajar más.

—Mama Antuca cocinaba la comida que comíamos en ese tiempo, que eran coladitas, lo que ahora llaman cremas. Comíamos el arrocito con lenteja que le decían moros y cristianos. Comíamos tres platos. Recuerdo que mi papá tenía unas amigas, las Muñoz, que eran millonarias, ellas comían cinco platos de almuerzo, pero en mi casa eran solo tres: la sopa, el segundo y el postre.

—Mi mamá disponía todos los días. Le decía a Mama Antuca: "haz esto y haz esto otro". Todos los días comprábamos. Fíjate que en la plazuela Marín había un mercado. Como vivíamos a una cuadra de la Marín, todos los días mamá le daba la plata a la Mama Antuca para que compre lo del día. Ahí no había refrigeradora para guardar. Las cocinas en ese tiempo eran de hierro, grandes, lindas, con patitas. En la cocina había el tanque de agua caliente, que se calentaba con la leña de la cocina y así había agua caliente para lavar los platos.

—En las casas siempre había una cocinera y una criada de mano. También había lavanderas, porque no había lavadoras de ropa. Angelita se llamaba mi lavandera. No me acuerdo el nombre de la lavandera de mamá.

—La madre de casa era la que les dirigía, la que les decía cómo hacer las cosas, cómo trabajar, cómo cocinar. También veía que limpien bien, que se laven las manos a cada rato cuando tenían que hacer cosas con las manos. Para eso éramos las madres de casa. Yo he estado siempre en la cocina viendo cómo las empleadas hacen la comida, explicándoles cómo deben preparar. Me acuerdo que cuando tenía unos 14 años, mi mamá me dijo: "haz choclotandas". Eso fue lo primero que hice en mi vida. Antes le veía hacer a mi mamá. Ella me decía: "las hojas se doblan así, el choclo se muele así, se cierce así". No usaba recetas. Se sabía todo de memoria. El recetario familiar que te conté estaba guardado.

—Mi madre hacía la fanesca en Semana Santa, le dirigía a la Mama Antuca, le decía: "Pon esto y lo otro y lo otro". En difuntos hacía la coladita morada. Era una delicia, ella me enseñó. Yo también hacía una ricura de coladita morada y les repartía a mis hijos. En Navidad mi madre hacía los buñuelos, en Corpus Cristi hacía esa colada (no recuerda el nombre). También hacía una delicia de rosero. Yo también hacía rosero. En la fanesca mi mamá

ponía las empanaditas, ella me enseñó a repulgar. Las guaguas de pan hacía la Anita, la criada de mi tía.

—¿Amasaban pan en su casa?

—No y ya te voy a decir por qué. Mi padre tenía una hermana casada con el doctor Julio Jácome, tío de los Mantilla. Tenían dinero y mi tía tenía una empleada, Anita me acuerdo que se llamaba. Ella hacía un pan delicioso. Mi tía nos mandaba el pan. Entonces mi mamá no hacía nunca pan. Mi mamá le pidió la receta e hizo el pan pero no le salió bien. La Anita era de esas mujeres que nacen con una cosa especial para cocinar, hacía un pan delicioso.

—¿Cuál es su plato favorito?

—Me gustan todas las sopas de Quito, todas he comido, pero la que más me gustaba era el mondongo. Los domingos salíamos a comprar con Jaime. A veces, cuando encontraba las patas, las compraba y preparaba el mondongo en la casa. Ahora mi receta favorita es el revuelto de huevo con maqueño frito. Ahora es lo único que hago; con la papita bien cocida hago el puré y luego le pongo huevo; pongo a freír el huevo pero no le dejo que se haga tortilla sino revuelto y le pongo el maqueño. He sido bien inútil para preparar el pavo. Lo que hacíamos con el Jaime era comprar preparadito. Mi hija es muy hábil para preparar el pavo.

La ciudad

—Cuando era niña, las calles de Quito estaban llenas de polvo. En verano a todo el mundo le daba la gripe y como no había antibióticos, la fiebre era tan alta que les daba meningitis. Dos hermanos murieron con meningitis. Entonces, cuando se enfermó mi hermano, le llevaron a una finca en Guápulo. Ahí se sanó y por eso mi papá se compró un terrenito en Guápulo. Esa ha sido hasta ahora la casa de la familia Salgado que la siguen manteniendo y arrendando mis sobrinas.

—Al final de la Manabí estaba el camal. La Manabí terminaba en una puerta grande, enorme, por donde, me acuerdo, entraba el ganado a las cinco de la mañana. Todo lo que ahora es el Mercado Central, antes era el camal. Al final de la calle, a un lado guardaban las carretas en las que recogían la basura de toda la ciudad. Había cantidades de carretas con caballos. Entonces, fíjate, nosotros vivíamos con las carretas y el camal.

—No sé si te habrán contado de los corsos de flores que eran el 28 de diciembre. Los carros eran abiertos en la parte de arriba, ahí salíamos con mis amigas vestidas de ángeles, con una alas que mi mamá me hacía de papel crepé, ese papel fuerte. El corso comenzaba donde es ahora el monumento a Bolívar, en la Alameda, bajaba por la calle Guayaquil, subía por la Manabí, cogía la Venezuela hasta la Rocafuerte, llegaba a Santo Domingo y cogía otra vez la Guayaquil hasta San Blas.

—¿La finca de Guápulo era sólo para pasar vacaciones? —pregunto pues me quedó resonando lo que dijo.

—No, allí también vivimos 10 años. Cuando vivíamos en Guápulo, papá y yo veníamos todos los días a Quito, a patadita, a pie. En ese tiempo sólo había los chaquiñanes para subir a Quito. Por ahí subíamos y llegábamos hasta el Baca Ortiz para coger el tranvía; ahí era la última parada. Todo estaba rodeado de quintas, bosques, todo lo que ahora es la González Suárez y el Hotel Quito eran bosques de Pardo, un español que tenía un almacén. Entonces nosotros subíamos todos los días por los chaquiñanes, bajábamos y cogíamos el tranvía. Papá se quedaba en las gradas del 24 de Mayo y de ahí se iba al Eugenio Espejo. Yo subía hasta la Plaza Grande para ir a La Providencia. Almorzábamos donde una tía que vivía en la esquina de la iglesia de Santa Catalina. Papá tenía su consultorio en los bajos de la casa de ella, en el hotel Ecuador. Cuando papá terminaba de atender, a las cuatro y media, nos regresábamos a Guápulo.

Situadas en el corazón de la ciudad de entonces aprovecho para preguntarle sobre los lugares que frecuentaba cuando niña y joven.

—Uno de los lugares que más recuerdo de Quito es el hotel Metropolitano, un lindo hotel con un bar grande. Quedaba en la esquina de la Plaza Grande, al lado de la curia. Estaba de moda ese tiempo, cuando yo era joven. No me olvido de algo que pasó allí. Era una familia, marido y mujer, de alta alcurnia de Quito, que se encontraron por allí, por el Metropolitano, él le mató a ella y se mató después, disparó a la mujer y después se disparó —y se queda pensativa.

Aprovecho ese breve silencio para comentarle que debe haber sido un gran escándalo y pedirle más detalles.

—¡Uhhh!, ya te puedes imaginar. Yo era guambra, todavía iba a La Providencia. Éste ha sido el escándalo más grande que he oído en Quito, por eso lo recuerdo. No sé qué mismo habrá pasado porque mamá no me

dejaba leer los periódicos, —me comenta— y continúa rememorando los lugares del centro de la ciudad.

—Me acuerdo de la tienda de Ángel Salomón que era casado con una señora Mantilla, hermana de los Mantilla. Vendían telas, lindas, preciosas que les llegaban de Francia. Me acuerdo de la tienda de Madame Apuig, y la de las Najas en la Guayaquil y Espejo; tenían telas muy finas que traían de Europa. ¿Cómo habrá sido la traída de Europa? ¡Figúrate en esos tiempos! Después llegaron los judíos y empezaron a poner tiendas, no como eran antes las nuestras, chiquitas y oscuras, donde vendían caramelos, pan... Ellos pusieron tiendas lindas donde vendían chorizos, embutidos, jamones. Les llamaban *Lucul*. Estaba donde es ahora la esquina de ese hotel altote, en la Espejo y Guayaquil. En esa esquina estuvo la primera tienda de embutidos que fue una novedad para todos, acostumbrados como estábamos a las tienduchas. En cambio en las de los judíos todo estaba limpio y había cosas ricas.

—Para los zapatos había cantidades de zapateros. En la Guayaquil, cerca de nuestra casa, vivía el zapatero Castro. ¡Qué buenos zapatos nos hacía! ¡Qué lindos zapatos! Los hacía al pie de cada persona. En ese tiempo no comprábamos zapatos hechos sino que mandábamos a hacer. Había también unos heladitos en San Agustín que me encantaban, desde que era chiquitica. Cuando mi papá vino de Francia puso su consultorio en la esquina de la calle Guayaquil y Mejía, cerca de la heladería. Me encantan hasta ahora los helados. Al principio eran heladitos de paila. ¡Qué buenos helados eran!

—Mis parientes Peñaherrera tenían su casa frente a la puerta de la iglesia de los Sagrados Corazones. Allá los Dalmau pusieron su primer almacén El Globo, en la casa de los primos de mi mamá. Víctor Manuel Peñaherrera era el dueño de la casa, les arrendó la parte de abajo. Hombres muy trabajadores, honestos los Dalmau, nunca le fallaron a mi tío. De allí se pasaron a la Chile y Guayaquil. Ya desde el primer almacén la gente empezó a saber qué clase de gente eran, cómo vendían, vendían barato, era gente culta. Entonces agrandaron el almacén porque había mucha gente que compraba donde ellos. Otro almacén que recuerdo estaba en el portal de San Agustín, que era como el portal arzobispal; era del señor Durini que vendía unos muy buenos casimires. Como los Dalmau, él también era un hombre honrado, honesto. En el otro lado, la primerita era la tienda de las señoritas Iberia, que vendían agujetas, crochet, todo para tejer y bordar. Tenían una casa linda que ahora es de las Guerrero Mora.

—¿Dónde terminaba Quito caminando hacia el norte? —pregunto.

—Quito llegaba hasta El Ejido. Yo me acuerdo que estaba encinta de mi primer hijo, que ya tiene más de 60 años, y mi papá me decía: "Camina, camina, camina". Y nos mandaba a que demos la vuelta a El Ejido. A las 6 de la mañana nos levantábamos, ¡pobre Jaime!, nos íbamos a dar la vuelta al parque. En la Segunda Guerra Mundial, cuando Hitler comenzó a perseguir a los judíos, algunos vinieron para acá, médicos muy buenos. Mis hijos estuvieron en manos de un médico judío que creo se llamaba Lederer. Ellos nos daban unas hojitas impresas, no a mano, con todo lo que se debía hacer con el niño durante un día: a qué hora darle esto, cómo darle.

—Recuerdo la panadería y pastelería "Lucul", y también la famosa pastelería: "La Vienesa". Estaba un poquito más allá del cuartel, que ya te conté, del que estaba frente a mi casa de la Manabí y Montúfar. La Vienesa quedaba un poquito más allá de la Montúfar. Ese era el mejor pan de Quito. Porque antes vendían el pan en la calle. Los hombres gritaban: "pan de Ambato, pan de Pinllo, pan de esto, pan del otro". Salíamos a comprarles. No había panaderías hasta que pusieron La Vienesa, que era grande y el pan bien rico. Como estaba cerca de la casa íbamos a comprar. El Cyrano pusieron mucho después, cuando yo ya estaba casada. El primer Cyrano estaba en la 6 de diciembre cerca de El Ejido. Asimismo, vendían la leche en la esquina de la casa. La traían dentro de unos grandes tarros de metal, en unos camiones grandes. ¡Con cuánta cosa estaría esa leche además de agua! Una hacía hervir, hervir, hervir. ¡Se sacaba una nata!

—¡Ay hija mía! se ha pasado la vida...

Para sortear la tristeza que de repente apareció en sus ojos, le pregunto si tuvo enamorados antes de casarse.

—Sí, algunos, —me contesta sonriente—. Nunca me olvido de uno. Yo era guaguaita, tenía unos 15 años. Desde mi casa veía a un muchacho que pasaba en bicicleta, me daba pases y pases. Una a esa edad todavía es tonta. Fue la muchacha de mano la que me dijo: "a usted le está dando pases". "¿Por qué? le digo yo". "A de estar enamorado suyo". ¿Y sabes quién era? El Ernesto Albán, el Evaristo.

Acompaño con la mía esa pícara sonrisa que se extiende por todo su rostro.

—Pero en ese tiempo era muchacho, todavía no era artista. Nunca olvido que en ese tiempo los hombres usaban pantalón alto hasta los 15 años. A los 15 años bajaban el pantalón. Guardo una foto de mi marido

cuando bajó el pantalón. Después nos encontramos algunas veces con el Evaristo. Pero mis padres, hija mía... Íbamos de vez en cuando con mis papás al teatro Royal, que quedaba al fondo del Pasaje Royal. Era lindo ese Pasaje. Una de esas ocasiones, él también había ido, papá le alcanzó a ver se acercó y le pegó su buen puñete. Así era papá. En otra ocasión, papá también persiguió a un muchacho que después sí fue mi admirador, pero que en ese momento no era... Estaban mis amigas visitándome y él estaba enamorado de una de ellas. Entonces le daba pases por la vereda del frente, porque así se hacía antes. O estaban parados en las esquinas o estaban dándonos pases. No era como ahora que se encuentran y enseguidita a la cama. No, no, pues. Estábamos nosotras en la ventana, porque, eso sí, ventaneábamos, era la única forma de estar contentas, felices. Y de repente veo que papá venía hacia la casa mientras el chico nos daba los pases. Mi papá le alcanza a ver y le dice: "¿Qué hace usted aquí?" El guambra sale corriendo y papá le agarra del cuello del saco, el guambra se zafa el saco y papá se queda con el saco. ¡Qué te parece!

Las dos volvemos a reír. Luego le comento, —no sé cómo llegaban a casarse en ese tiempo.

—De veras hija, yo cuando era enamorada del Jaime sufrí siete años. Yo le conocí al Jaime cuando tenía 23 años y nos casamos después de siete años de noviazgo. Porque tú sabes cómo eran los padres antes. Mi papá decía que no me he de casar y que no me he de casar. Así que mi marido me esperó siete años hasta que les convencí a papá y mamá de que me dejen casar. Sesenta años tuvimos de matrimonio con Jaime.

Matrimonio y maternidad

—Jaime arrendó un departamentito donde el señor Meriguet para que vivamos ahí, pero mi mamá dijo: "No, ¡por Dios! Deje que mi hija viva conmigo, nunca me he separado de ella". Entonces me casé y nos quedamos a vivir en la casa de mi mamá. A los seis meses mamá murió. Ella ya estaba malita, tenía la presión alta y se afectaron su corazón y sus riñones. Yo me casé en noviembre de 1943 y mamá falleció en el año 44. Papá vivió con nosotros hasta que murió en 1960.

—Yo tenía mi cocina y mamá la suya. Yo tenía una cocinera que se llamaba Matilde y mamá tenía a la Mama Antuca. Yo le disponía a la Matilde:

"Ahora has esto, esto otro, esto otro y de acuerdo a eso compra esto, esto y lo otro". Como estaba cerca el mercado, ella iba a hacer las compras todos los días en la plazuela Marín. Yo no iba al mercado. Al mercado iba la cocinera con su canasto.

—¿Recuerda cuando tuvo la primera refrigeradora? —pregunto pensando en que ese fue el momento en que hubo un cambio en la organización de la vida doméstica.

—Cuando me casé no había refrigeradora. Unos años después ya tuvimos refrigeradora, fue la moda, la novelería.¹¹ Fui después a comprar, cuando hubo los supermercados. Iba con mi marido, él empujaba el cochecito y yo recogía las cosas e iba poniendo en el cochecito. Cuando nos casamos cocinábamos en cocina leña. Después Jaime compró una cocina con un tanque de kerosene. Cuando se casó mi hijo Diego, yo les invitaba los sábados a almorzar a mi casa y ellos venían con la suegra. Un sábado les comento que no quería esa cocina de kerosene por el horrible olor que despedía. Ella me ofreció la tarjeta del comisariato del Ejército y compré una cocina eléctrica preciosa en 16.000 sucres. Abajo tiene horno, al medio la cocina y arriba otro horno. Hasta ahora tengo esa cocina, pero como llegué a pagar hasta 50 dólares mensuales de luz, la uso rara vez, cuando hago pasteles o pan. En ese tiempo la luz era barata, no como ahora.

Se incorpora y me invita a que vayamos al cuarto de cocina para mostrármela. No me queda claro si todavía la usa. Regresamos a la banca a sentarnos y ella reinicia la rememoración.

—La imprenta del Jaime, que se llamaba Imprenta Fernández, funcionaba en la planta baja de la Manabí, en la casa de mi abuela que quedó con mi madre y que después heredamos yo y mi hermano. Cuando era de mi suegro funcionaba en la Guayaquil y Espejo. El la vendió a Jaime antes de que le sacaran de allí. Mi suegro imprimía todo lo que necesitaba el Banco Pichincha, porque la Imprenta Fernández y el Banco Pichincha se fundaron el mismo día, en el año 1906. Yo tengo esa primera cuenta corriente. ¿Sabes lo que me dieron los del Pichincha por tener 100 años una cuenta corriente? ¡Tres llaveros y una cosa de plástico para los papeles!

—¿Cuántos hijos e hijas tuvo?

—Tuve dos hijas y cuatro varones. Mi primera hija murió pequeña

¹¹Su hija Pilar recuerda que la primera refrigeradora la compraron en 1954, que cuando era niña se bañaba con un real de leña y que en 1963 compraron la primera televisión. "Antes las cosas se usaban hasta que no servían".

con cirrosis congénita. Eso fue lo que dijo el doctor Vallarino. Se llamaba María Dolores. Mi último hijo estudió medicina, es médico pero no practica. Le gusta lo de las computadoras. Era bastante difícil poder atenderles sola, siempre tenía una muchacha que me ayudaba a cuidarles: levantarles, lavarles, yo por un lado y ella por el otro. Porque a todos había que bañarles el mismo día ¿no? y se ríe. Me ayudaba a vestirles cuando se iban al colegio, ella vestía a dos y yo a dos. Había dos años de diferencia entre uno y otro.

—¿Le ayudaba su marido en la crianza?

—El Jaime ayudaba solo a ratos. Como él tenía la imprenta en el piso de abajo de la misma casa, subía, almorzaba, hacía su siestita, diez minutos y volaba abajo. No me ayudaba con los niños. Nunca me olvido cuando tuve el primer hijo. Él se quedó a dormir la primera noche conmigo en la clínica Pasteur, en la Loma Grande, que era del Carlitos Bustamante. Ahí nacieron mis tres hijos. Una noche él dormía en el sillón, yo estaba en la cama y el guagua lloraba desesperado. Yo le llamaba, "Jaime, Jaime".

En ese tiempo no nos dejaban levantar, hija mía. No era como ahora que dan a luz y a los dos, tres días ya están afuera de la clínica. Teníamos que pasar siquiera 15 días después del parto sin movernos. El Jaime no me oía, porque los Fernández tienen un sueño, que no te puedo decir. Entonces cogí el periódico que tenía al lado, hice una bolita bien apretada y le tiré. Justo le llegó en la cara y el periódico comenzó a abrirse. Solo así se despertó. Ahí le dije: "Pásame al guaguito que está en la cunita porque lo que ha de querer es mamar, ha de estar con hambre, por eso llora tanto". Sabes que los Fernández tienen un sueño tan pesado: mi hijo Ramiro, mi hija Pilar.

—Yo me encargué de los guaguas, nunca trabajé, siempre estuve en la casa. En mi tiempo las mujeres no trabajábamos. Había muchachas que trabajaban en los almacenes enseñando las telas, de vendedoras, nada más. Hoy las chicas son profesionales y trabajan en todo. Las mujeres que tenían sus maridos profesionales no trabajaban; su trabajo era quedarse en la casa criando a los hijos.

—Pero es un trabajazo, —comento esperando curiosa su reacción, que sucede de inmediato.

—¡Uyyyyyyyyy hija mía, qué barbaridad! Yo me acuerdo que tenía marcado a uno mientras los otros chiquiticos lloraban alrededor. Con seis hijos no puedes descansar. Solo después de quince años dormí, por primera vez, de corrido, todita la noche. ¡Quince años después de que había nacido

el primero! Nunca olvido esa noche. Cuando desperté dije: "¡Qué belleza dormir todita la noche! Cuando se enfermaban pasaba toda la noche en vela. Nunca me olvido de mi hijita que murió, tuvo una enfermedad muy difícil, los médicos no daban. Murió a los dos años y medio.

—¿Qué tareas domésticas le gustaba hacer? —pregunto tratando de conocer sobre su afición por la cocina.

—De los oficios de la casa nunca me ha gustado planchar. ¡Jesucristo! Planchar si que era un tormento para mí. Felizmente siempre tuve alguien que planchara. En ese tiempo la lavandera lavaba toda la ropa a mano y planchaba. Me pasaba todito el día correteando por toda la casa, viendo cómo estaban los guaguas. Esas casas del centro eran muy peligrosas, porque tenían portales de cemento con rejas. En mi casa había una azotea y dos patios. Un día mi hija Pilar se había pasado entre las rejas y estaba caminando por el filo de afuera que daba al patio de abajo. Una de las muchachas le había visto y menos mal que fue inteligente, le tenía agarrada del pelito y me gritaba. Le oí y fui corriendo desde primer patio donde estaba en ese momento. Ahí le saqué e inmediatamente hice poner alambre para que ninguno de mis hijos vaya a hacer lo mismo.

Le pregunto cómo fue la etapa de los hijos e hijas adolescentes.

—Sabes que ninguno de mis hijos me dio trabajo. Al menos la Pilar nunca quería ir a los té que le invitaban, a pesar de que tuvo su hermano que le acompañaba. Era una chica retraída, no le gustaban mucho las fiestas. A los chicos sí, pero no tomaban tanto alcohol como toman ahora. Cuando mucho se les daba cola. En mi casa sólo se hacía fiestas de repente. No éramos fiesteros ni el Jaime ni yo. Ni siquiera cerveza se les daba. Yo hacía unas chichas, esa cosa rica, cómo es que se llama, la memoria ya me falla, esa bebida con frutas que dan en La Choza.

—Rosero, —me arriesgo a nombrar, porque a mí también me falla la memoria, pese a que tengo 34 años menos que ella.

—Sí, sí, el Rosero. Hacía grandes vasijas de Rosero y eso les dábamos. Mi marido nunca les quiso dar trago.

Interesada en saber cómo se habían comportado con su única hija en la etapa de noviazgo, le pregunto si Jaime se opuso al noviazgo de la Pilar, como su papá se había opuesto al suyo.

—Sabes que en ese tiempo fuimos a vivir donde Mama Lola (su suegra) en la América y el Alfonso vivía al frente. Ahí se conocieron la Pilar y el Alfonso. Fuimos muy amigos de la Lucilita, la mamá, y del Alfonsito el

papá. El Alfonso se fue a Barcelona a especializarse, ahí estuvo dos años, volvió y se casó. Se fue de novio, yo tenía dudas, decía: "a la lejura quién sabe". Pero se casaron, ¡bendito Dios! y ha sido un buen matrimonio. Tienen más de 30 años de casados; tuvieron cuatro hijas, ahora ya solo tienen una a su lado.

—A ninguno de mis hijos les he exigido que se casen ni les he puesto la novia. Desde que mis hijos se casaron yo ya no me he metido. Allá cada uno que haga en su hogar lo que le de la gana. Nunca nos hemos metido, mi marido nunca se metió. El único matrimonio al que nos opusimos fue el de mi hijo Diego, porque tenía 21 años y estaba en tercer año de Química, le faltaba solo medio año para terminar la universidad. Le rogamos que terminara y después se casara. "Todavía estás muy joven, no tienes discernimiento para saber lo que es el matrimonio" le aconsejábamos. No hubo forma, se casó y se divorció a los 27 años de casado. ¿Qué te parece?

—Mi marido y yo fuimos bien parecidos. Nos llevábamos muy bien, pero eso de estar besándonos, cariñoseándonos, no. No peleábamos nunca. Ahora que ya no está me pregunto por qué no le abracé y le besé y le dije todo lo que le quería. ¡Qué bruta fui! Me hubiera gustado abrazarle, besarle, decirle; "te quiero mucho". Eso no hicimos ni él ni yo. No sé por qué. De repente venía mi marido, tan bueno que era, con sus manitos detrás, me llevaba a la cocina a mostrarme lo que me había comprado, cualquier cosita para la cocina, lo que el veía que yo necesitaba. Le extraño tanto. Fue un buen hijo, un buen padre, un buen marido. Tengo presente lo que hizo una amiga mía cuando su marido murió. Ella cambió todo, hasta vendió el apartamento. Yo no, yo tengo a mi marido, aquí, allá, más allá, en todo el cuarto (señala con su mano). Sólo el puestito de él en la cama está vacío. Mi marido fue tan bueno, no creo que haya otro hombre como él.

Llora y llora. Le tomo la mano y le beso conmovida por tanto amor. Y dejo que se desahogue. Mirando el piano me dice.

—Tocaba el piano, ahora ya no. Jaime se sentaba a mi lado y me decía: "toca el piano para que tus dedos que están torcidos no se tuerzan más". Pues hija mía, una pereza para el piano. Yo que tocaba tanto... A mí me gustaba la cocina pero eso ya se acabó, ya no quiero saber de cocina ni de nada. Ponía inyecciones, ahora ya no, ahora ya no tengo fuerzas. ¡Figúrate con 94 años!

Sin dejarse ganar por la tristeza me cuenta:

—He vuelto a tejer croché para mis tres bisnietos: uno de la Paquita,

otro del Diego y otro de la Paola, que vive en Uruguay. Los bisnietos son una joya. Te voy a enseñar una foto que me tomaron recién. Me muestra la hermosa foto que yo ya había visto sobre la mesa de sala.

Se hizo un silencio. Apagué la grabadora, perdí mi mirada en el piano que tenía al frente y esperé, esperé hasta que apareciera algún indicio que me permitiera saber si cerraba o no la entrevista. Dudaba porque había percibido que ella estaba contenta narrando su vida. Era nuestra segunda cita y ya había transcurrido más de una hora desde que habíamos comenzado a conversar. Estuve a punto de proponerle que paráramos cuando ella retomó el hilo de sus aficiones. Prendí la grabadora y continuamos.

—Coser me gustaba y también tejía en agujetas. Sabes que cuando tenía unos 20 años, mi amiga Eulalia Cornejo me dijo: "vamos donde el francés a que nos enseñe corte". Y vas a creer que me sirvió tanto. Hice cursos de corte y tenía alumnas en cantidades. La plata me servía para vestirme porque todavía era soltera. Me encantaba vestirme bien, hija mía. Cuando una es guambra le gusta vestirse bien. Cuando me casé empecé a coser, pero como tenían que venir a la casa a las pruebas, eso no le gustó al Jaime. Me dijo: "Yo te doy todo lo necesario, no necesitas nada más, mejor que estés tranquila en la casa con los niños". A la Pilar le cosí hasta que cumplió 15 años. Ahí me dijo: "Mamá, déjame hacerme la ropa con una costurera". Bueno le dije, "hazte con la costurera". Yo seguí haciendo mi ropa.

—Aprendió a manejar, —le pregunto.

—Sí. Un día el Jaime, mamitico, me dice: "Tienes que manejar y tener licencia". Me puso en clases en ANETA. Me fui y estuve más de dos meses recibiendo clases y me gradué. El señor me llevó a dar el examen por un barrio de arriba, que en ese tiempo se llamaba Arroyo Delgado y ahora se llama Bellavista, por donde está la casa de Guayasamín, mi hermano vivía por ahí. Di el examen. Un día mi marido me dice: "Vamos a pasear" y me pide que maneje. —Sonríe con picardía. —Yo iba contenta y me pasé un semáforo en rojo. El Jaime me dice: "Te pasaste el semáforo en rojo". "¡Ay!, digo, qué tonta, que burra que soy". Ni más volví a manejar. Sí me daba el carro, pero yo no quise manejar. Muy nerviosa soy. También tomé clases de otra cosa que no sirve para nada: escribir a máquina. Me pusieron en esas clases cuando terminé el 24 de Mayo, a los 15 años. Mamá me dijo: "No quiero que estés mucho en la casa sino que aprendas a coser, a bordar a mano, que aprendas a escribir en máquina, que aprendas corte". Así que me pusieron en La Providencia. Ahí era cuando subía con mi papá desde Guápulo por los *chaquiñanes*.

Le cuento que yo también tomé, cuando joven, clases de mecanografía y que me ha servido mucho para el manejo del teclado del computador.

—Uhhh, pero yo de computadora no sé nada.

Hasta ese momento no había aparecido el tema de la religión y como conocía de su profunda fe católica me sorprendía la ausencia. Salió, al fin, a través de los viajes, luego de que me contara que, en 1984, había viajado a España cuando su hermano era Embajador en España y también estuvo en Roma.

—El pobre Jaime no pudo irse a España porque no tenía a quien dejar la imprenta. Antes me había ido a Estados Unidos. A Miami fui varias veces y a México también, a los seminarios de la Acción Católica. La primera vez que me fui a México ya estaba con mis cinco hijos. Estaban pequeñitos, se quedaron con el papá y con mi papá.

Aprovecho para preguntarle desde hace cuánto pertenece a la Acción Católica.

—Hija mía, casi desde que nací hasta hace unos 30 años. Después de la Acción Católica hubo el Movimiento Familiar Cristiano. Fuimos presidentes de ese movimiento. Jaime era un buen cristiano, amoroso. No era como Jorge (el marido de mi tía), que era más... medio ateíto. En la Acción Católica, en primer lugar, nos enseñaban la religión: cómo debíamos portarnos con los pobres, qué hacer con ellos. En Navidad, felizmente solo en Navidad, recogíamos ropita en todas las casas de San Blas, yo pertenecía a San Blas, recogíamos plata, caramelos y les repartíamos a los pobres en bolsitas. El resto del año nos preparaban para tener a Cristo en nuestro corazón. Nos reuníamos cada ocho días en el convento, donde el cura. En ese tiempo no era como ahora. Ahora les veo que son más abiertos. En ese tiempo eran cerrados.

Le asaltan nuevamente los recuerdos. Recuerda a "su querida cuñada Paquita", mucho menor que ella y que ya ha fallecido lo mismo que su hermano menor. "Solo yo voy quedando", dice con la voz apretada por el llanto. Recuerda a su marido, "el mejor hombre del mundo", habla de sus nietas, las hijas de Pilar. En ese momento aparece en la sala una linda niña de cabellos rubios y largos, con un plato de galletas y caramelos que nos ofrece. Me cuenta la historia de esta nieta pequeña. "Esta guagua no vive conmigo, vive con su madre que no se casó con mi hijo". Le comento que ahora no todas las parejas se casan.

—Solo uno de mis tres hijos está casado, —le digo.

—¡Jesucristo! Antes decíamos que vivían en pecado, ahora es lo natural, lo normal. Ahora ya no es como antes, que las mujeres vivíamos pegadas a los papás. Salir solitas, salir a vivir solas, ¡cuándo hija! En cambio ahora no. La primera de mis nietas, la Pilar, salió a vivir sola. Se llevan bien mamá e hija y no le hicieron problema. Después salió la Paquita. Mis nietas hacen lo que quieren, tienen su profesión. En nuestro tiempo ¡qué va! Ahora ganan su propia plata, tienen su trabajo, son profesionales. Me parece un buen cambio que las chicas puedan vivir solas, aunque tiene también sus contras. Las chicas ya no quieren casarse, ya no quieren estar en el hogar, los hijos pasan en manos de las sirvientas, ya no se educa como nosotras les educábamos a los hijos, viendo cómo están en la mesa, “que la cuchara has de coger así, que no se pone los codos en la mesa, no se sorbe la sopa, no se habla con la comida en la boca”. Ahora ya no hay cómo, hija mía, porque viene la madre al almuerzo y sale corriendo, y eso cuando puede llegar a la casa al medio día. Entonces los hijos están en manos de personas que no son educadas. Claro que ahora las chicas son más libres, se encuentran y enseguida a la cama.

Nos reímos. Apago la grabadora, le abrazo, le agradezco por haberse permitido este regreso del pasado que no siempre es “un momento liberador del recuerdo, sino un advenimiento, una captura del presente” (Sarlo 2005, 9). Y me despido.

Fue la última vez que la vi. Entonces era junio de 2007. Falleció cinco meses después, en noviembre de 2007.



▲ Retrato de Virginia Mantilla de Peñaherrera, abuela de Mireya. Foto: C. L. Rivadeneira.

► Retrato de Eustorgio Salgado, padre de Mireya, vestido de árabe en el Alhambra de Granada, España. Foto: R. Garzón.



R. GARZON
f^o de S. M.



ALHAMBRA
GRANADA





▲ Retrato de Mireya, circa 1918. Foto: B. Rivadeneira e hijo Studio.

◀ Retrato de Mireya y su hermano Galo, circa 1916.



▲ Primera Comunión de Mireya, 1920.

- Mireya con Modesto Peñaherrera, su abuelo. En brazos su hermano Germánico, a la derecha su primo Jaime Peñaherrera, 1924.





▲ Mireya (primera desde la izquierda) en el Colegio 24 de Mayo con sus compañeras vestidas de arlequines y polichinelas, circa 1924.

► Colegio 24 de Mayo.



Colegio 24 de Mayo - Quito - 576.



▲ Mireya en el parque El Ejido, 1926.

► Árbol de navidad de la familia Salgado Peñaherrera. Aparecen Mireya, su madre, su hermano Germánico en brazos de su padre, circa 1927.





▲ Corso de Flores del 28 de diciembre, circa 1928.

► Retrato de Mireya a los 15 años, 1928. Foto: B. Rivadeneira e hijo Studio.



Recuerdo de las fiestas centenarias de Otavalo - 1929



▲ Mireya con sus primas en el lago San Pablo, 1929. Foto López.

► Mireya con su prima, 1930.







▲ Varias fotos de Mireya en el álbum familiar, circa 1934.

◀ Retrato de Mireya, circa 1931.



▲ Mireya en Santa Elena, 1933.



▲ Mireya con sus compañeros y compañeras de la escuela Patria donde fue profesora de piano, 1941.





▲ Mireya con su esposo Jaime Fernández, sus hijos Ramiro, Diego y su hija Pilar, 1951.

◀ Boda de Mireya y Jaime Fernández, noviembre de 1943.





▲ Mireya y Jaime bailando tango.

◀ Mireya con su cuñada Paquita Gómez, 1955.



▲ Mireya con su prima Magdalena Peñaherrera en Miami, 1970.

► Mireya y su familia. En la primera fila sus hijos Carlos y Ramiro.

En la segunda fila desde la izquierda, María José Rodríguez, hija de Nancy Ludeña, Nancy Ludeña, nuera de Mireya; Mireya; su esposo, Jaime Fernández; su nieta, Pilar Troya, sacerdote; su hija, Pilar Fernández; su nieta, Paquita Troya; su nuera, Jannet Dobronsky y su hijo, Diego.

En la tercera fila, sus nietos y nietas: Ramiro Fernández, Paola Troya, Ana Cristina Rodríguez hija de Nancy Ludeña, Juan José Fernández, Diego Fernández, Luis Emilio Rodríguez hijo de Nancy Ludeña, 1980.





▲ Paradas: Paola y Paquita nietas de Mireya.
Sentadas desde la izquierda: su nieta Pilar, su hija Pilar, Mireya y su nieta Manuela, 1993.



▲ Jaime y Mireya en una reunión familiar, circa 2003.



- ▲ Costras de Ambato, galletas de Ambato y pan francés. Recetario de cocina elaborado por cuatro generaciones de mujeres. Lo inició la abuela de Mireya, lo continuó su hija y después Mireya. Ahora en 2009 está en manos de la hija de Mireya, Pilar Fernández, que lo sigue enriqueciendo.



▲ Dulces en almibar: dulce de melón, dulce de piña y manjar blanco. Recetario de Mireya.



▲ Mireya en su último cumpleaños. Parados sus hijos e hija:
Ramiro, Pilar, Carlos y Diego, Guápulo, 2007.



▲ Paradas desde la izquierda: Irene Andrade, hija de su sobrina Paquita Salgado; Paquita Salgado; Ana María Salgado; Mireya Salgado y María Dolores Salgado. Sentadas desde la izquierda: Francisca González, hija de su sobrina Mireya Salgado; Mireya y Emilia González, hija de su sobrina Mireya Salgado, Guápulo, 2007.





▲ Parados desde la izquierda: María José Rodríguez y su esposo Luis Hernández, Tomás Vallejo y Emilia González, Luis Emilio Rodríguez e Irene Andrade. Sentados desde la izquierda: Francisca González, Mireya y su concuñada, Gladys Portilla de Fernández, Guápulo, 2007.

◀ Alfonso Troya, yerno de Mireya y Antonia Pinos su bisnieta, Guápulo, 2007.



▲ Mireya Salgado con su último bisnieto, 2007.

► Su última nieta Camila, tocando en el piano de Mireya, mayo de 2009.

